

Algunas referencias éticas para la defensa y el mejoramiento del ambiente

*Juan Ma. Parent J.**

El ambiente natural, es decir, el medio en el que vivimos, se ha degradado a lo largo de la historia de la humanidad. Primero fueron la cacería y la pesca, luego la agricultura sedentaria que eliminaba el bosque para la siembra, siguió el proceso de industrialización que ocupa espacio y vierte desechos, finalmente la urbanización que aparece hoy como el espacio y el momento mayormente afectados por este proceso. En estos días se habla del control ambiental (un día sin auto, por ejemplo) y de una huida exobiológica

(búsqueda en el sistema solar y fuera de él).

Hay aquí dos aspectos que deben considerarse desde el inicio. El "progreso" de la humanidad (y pongo la palabra progreso entre comillas porque el término cubre un gran número de significados) implica por parte de los seres humanos una usurpación de superficies ocupadas por otras especies vivas. El progreso debe ser viable. Por otra parte, está el nivel de desarrollo ético de los seres humanos que determina el modo como esta usurpación se lleva a cabo. Lo primero está dentro



del proyecto humano, lo segundo lleva consigo el desperfecto que sufrimos.

Una defensa del ambiente no puede ser un retorno indiscriminado a la vida silvestre, ni significa el abandono de avances reales de la civilización tales como la creación de libros, que requiere de la madera de los bosques; o la calefacción, que consume los energéticos sepultados en la corteza terrestre.

A cada nivel mencionado corresponde una organización social y una política. En los primeros momentos de la historia del hombre nos encontramos con el sistema tribal, luego el societario, más adelante nos enfrentamos con sociedades densamente concentradas (ciudades modernas); y en la etapa actual, la del control climático, la sociedad se torna tecnocrática y la economía correspondiente es de poder.

Por estas razones las decisiones que conciernen a la administración del entorno no pueden depender exclusivamente de razones científicas, ni siquiera de razones sociales, sino que deben justificarse moralmente. Las ciencias del ambiente buscan una nueva síntesis del saber (se habla de una ecología más humana y menos basada en ciencias duras) y una nueva prescripción cuyo principio será más ecológico que económico, más ético que científico.

De ahí surge el planteamiento ético. Si el avance de la humanidad conlleva la ocupación de espacios, el consumo de bienes, la producción de desechos, la lucha por mejorar este ambiente tendrá otras características. Los planteamientos son pues los siguientes: existe un conflicto en la utilización del espacio, los beneficios son desiguales, sufrimos la ausencia de verdaderas opciones sociales y se amplía la falta

de comodidad física (planteamiento contradictorio pero cierto: la contaminación del medio reduce las áreas y los tiempos aprovechables). También hay que plantear las varias crisis concomitantes no necesariamente dependientes, como la de contaminación, la pobreza, el hambre, la persecución y la opresión, la discriminación, la penuria. ¿Cuáles son los principios que deberán regir la búsqueda de soluciones?: los derechos humanos, la conservación de los recursos, el derecho a la vida, a la seguridad, a la salud, y en lo social, una participación mínima en las decisiones. De ahí se originan los temas de investigación que deben desarrollarse: aclarar con más pertinencia los hechos, formular las hipótesis de trabajo, experimentar y generalizar las conclusiones para finalmente difundir a la sociedad estos resultados. Las soluciones son recomendaciones de decisiones objetivas y subjetivas, la instalación de nuevos modelos, la legislación correspondiente y la educación. Cada uno de estos elementos nos abre la puerta para una ética de esta época.

Una primera reflexión fue expresada hace ya casi 30 años por la UNESCO cuando publicó los resultados de un trabajo, aunque muy elemental, indicativo, y se dio a conocer bajo el título de *Una sola tierra*. Es físicamente imposible, para el conjunto de los países, elevarse al nivel de consumo actual de las naciones industrializadas. Aquí vendría bien una reflexión sobre el Tratado de Libre Comercio. Es evidente que los países más desarrollados industrialmente no van a permitir que otros ingresen en su Club (el de los siete, tal vez) a sabiendas de que no es posible compartir tan generosamente los beneficios adquiridos. Es útil recordar también la compleja relación

existente entre la necesidad y el deseo, entre el acceso y la capacidad de utilización; saber guardar el equilibrio en materia ecológica entre la exigencia, la tolerancia y la capacidad.

El primer planteamiento ético está entonces en la toma de conciencia de los límites naturales impuestos al género humano. Esta toma de conciencia abarca varias áreas de reflexión y de acción. Una primera es el reconocimiento humilde de las fronteras que nos son propias. No podemos caminar indefinidamente porque nos cansamos, no podemos rebasar ciertas velocidades porque nos estrellamos contra los muros del sonido o de la luz, no podemos comprar indefinidamente objetos que llenen espacios también finitos o que no podremos utilizar por tener nuestro tiempo limitado, y así, sucesivamente.

Aunque parezca muy obvia esta primera reflexión, no es compartida de manera consciente por la mayoría. Cierta concepción de desarrollo tal como el que han manejado las autoridades políticas o científicas lleva consigo la idea de que podemos "desarrollarnos" en forma indefinida, produciendo y consumiendo sin cesar.

El ser humano está llamado a alcanzar sus máximas potencialidades, y la ética es la ciencia que indica los modos de lograr tal objetivo. Las potencialidades del hombre están concentradas en su fuerza física, y estamos acercándonos a los límites cuando corremos los 100 metros planos en menos de diez segundos, pero estas potencialidades son esencialmente espirituales, y aquí es donde nos encontramos aún muy lejos de los límites. ¿No se nos ha enseñado que utilizamos nuestro cerebro apenas en un 5% de su capacidad? ¿Qué hemos hecho de nuestra me-

moria, de nuestra capacidad de previsión, de nuestra inteligencia hecha de juicio y de valoración?

En esta primera dimensión, es decir, la de nuestros límites y los de nuestra tierra existe otro aspecto que debe observarse. Es Teilhard de Chardin quien considera que el proceso que él descubrió en la evolución de las especies tiene las características de una concentración y una complejidad cada vez mayores. El cerebro humano es, en un mismo espacio, mucho más denso y mucho más complejo que el de su semejante más próximo, que es alguna especie de simio.

Tal concentración y tal complejidad se observan en la vida social, cuyo modelo es la biología individual. Así como el sistema nervioso humano es más complejo que el sistema nervioso de la mariposa, la ciudad moderna es mucho más compleja y más concentrada que la ranchería de la provincia mexicana.

Esta situación es causa de un deterioro del ambiente y de muchas violaciones a los derechos humanos. No son estas razones suficientes para echar por la borda el concepto de ciudad y proponer la opción de un retorno masivo al campo. La historia de las culturas muestra que los progresos humanos significativos en las ciencias y en las artes se han dado en las ciudades: Atenas, Roma, París, Nueva York y, entre nosotros, la ciudad de México. Esta situación compleja es una causa real de la destrucción del ambiente. ¿No se han quejado amargamente muchos investigadores de nuestra universidad porque la ciudad de Toluca se extiende precisamente sobre las tierras más fértiles de este valle? ¿No nos quejamos ahora de un tráfico vehicular que nos impide cumplir en los tiempos previstos las citas o los compromisos adquiridos?

La defensa del ambiente y la defensa de los derechos humanos conculcados por esta complejidad propia de la evolución natural del hombre considerado como individuo o como sociedad podrán darse solamente si existe un aporte al que se ha llamado "un suplemento de alma" (*Un supplément d'âme*, dice Blondel). Weber, a su vez, llamaba a esto una ética de lujo que rebasa las simples reglas de la ética común. Creemos poder vivir correctamente "sin hacer (aparentemente) daño a nadie" y sentirnos con la conciencia tranquila al cumplir con los preceptos sociales, morales y religiosos aprendidos de nuestras madres y de nuestras abuelas. Sin embargo, el avance de la humanidad nos está exigiendo algo más. Del mismo modo como la técnica que se nos impone nos obliga a aprender a manejar una computadora, un coche, una licuadora, lo cual implica la destreza (nuevo aprendizaje), la adaptación a la velocidad (cambio de ritmos), al ruido (pérdida de la paz, aunque sea momentánea), la complejidad de la vida actual nos obliga a crear estos nuevos compromisos sociales que me atrevo a calificar ahora como ética. Para continuar dominando el entorno y su producción, el hombre deberá recurrir más a su lucidez y a su sabiduría que a las contribuciones de la ciencia que, por esencial que sea, no tiene la última palabra. Dansereau añadía a los recursos que tiene el hombre: "tal vez también su capacidad de compasión".

La concentración de los humanos en ciudades sobrepobladas (¿están realmente sobrepobladas?, ¿qué significa sobrepobladas?, ¿a partir de cuándo puede decirse que hay sobrepoblación?, ¿no es acaso este concepto precisamente resultado de una inadaptación al progreso por no haber aportado en su tiempo

este suplemento de alma? No es un problema en sí; los seres humanos tienen un instinto gregario que los acerca. El respeto al espacio propio, físico y psicológico, es el que debe ser atendido.

Este espacio está hecho de metros cuadrados de piso, pero también del aire que respiramos, de los sonidos que emitimos, de los objetos que nos acompañan.

La complejidad de la vida que se transforma en complejidad de las relaciones exige una nueva manera de comunicarse o de estar simplemente cerca del otro. Antaño se escribían libros de urbanidad; el famoso *Manual de Carreño* hizo historia. Nos hace sonreír en la hora actual porque existe una mayor libertad en las costumbres; sin embargo, observamos que en este ámbito también se imponen nuevos límites. La ética que protege al ambiente se compone de un conjunto de leyes nuevas que deberemos descubrir, explicitar y asumir como tales. Nunca ha sido bien visto que alguien tire un residuo, papel, plástico, o resto de alimento en la calle; hoy este gesto, antes intrascendente, se transforma en una agresión porque los espacios son menores y los compartimos entre más.

Axelos titulaba una de sus obras: *La ética problemática*. Efectivamente, las normas no están escritas, las viejas reglas son obsoletas en muchos casos y resulta de suma dificultad tomar decisiones ante estas nuevas exigencias. Las referencias de antaño son inoperantes en la actualidad. Una regla que se aplica cada vez más en materia de ética orientada a la defensa del ambiente es: "pensar globalmente y actuar localmente". En nuestros términos significa que la acción ética sigue siendo personal; aun cuando cier-

tas decisiones deberán darse en un nivel institucional, regional o mundial, no podremos abandonar la responsabilidad de una presencia activa, por mínima que ésta sea.

Éste es el primer peldaño, porque es personal y comunitario. Aquí la acción, individual también, es requerida por parte de todos. En muchas ocasiones se ha repetido que la ecología es ante todo un asunto de acción personal. Indudablemente la acción personal es esencial y no se ha logrado cabalmente, pero tampoco es la única dimensión a la que debemos atendernos. Abrimos así un segundo nivel.

El avance de la humanidad se ha dado ciertamente gracias a los progresos de la ciencia y a las consecuencias prácticas de sus descubrimientos: la tecnología.

La tecnología absorbe grandes cantidades de energía. La energía es fuente de la vida, que es a su vez también energía. La tecnología acapara espacios y grandes volúmenes de esta fuente agotable.

Es pues importante apuntar hacia el desarrollo tecnológico para hablar de una ética para la defensa del ambiente.

No puede negarse que los aportes de la tecnología o de las técnicas electrodomésticas, la robótica y otras han permitido en muchos casos, no siempre, liberar al hombre de actividades tediosas, lentas, peligrosas. Y aquí empieza la reflexión. Una regla ética debe aplicarse en este caso. No todo lo que pueda hacerse (se entiende, técnicamente), debe hacerse. La tendencia de los técnicos o de los tecnócratas es la de avanzar sin prever la posible utilización de su descubrimiento. Está claro que para el ingeniero la finalidad de su trabajo: crear un objeto (un motor,

por ejemplo) solamente es un medio para la sociedad —es decir, la forma—, cuando para su constructor es el contenido, el fondo. En otras palabras, el ingeniero aborda la forma y no el fondo, pero lo que es forma para nosotros es fondo para él. Éste es un problema serio porque la orientación mental del profesional de la técnica afecta esencialmente al proceso global humano y social, y los ejemplos podrían multiplicarse: el administrador que crea un organigrama crea una forma, pero para él es el fondo, para él es la materia de su quehacer profesional.

Observamos así que la formación humana de los científicos y de los técnicos es deficiente porque la excesiva especialización los ha constreñido a ocuparse solamente de una faceta de la vida, aquella que es objeto material de su actividad. Al perder la dimensión global de su producción, es decir, al no asumir el conjunto de la obra humana, al limitarse a la forma y no alcanzar el fondo, se originan las dificultades que hoy observamos.

Un problema central de la ética para la ecología es la dispersión del conocimiento. Nuestra cultura ya no produce al hombre completo que se coloca activamente en su medio de manera integral. Estamos en una cultura definida por un pasado y alimentada con todos los aportes de la ciencia y de las artes, pero nuestra vida depende de frágiles relaciones con la naturaleza. Haber perdido o no haber asimilado nunca estos componentes, porque la cultura técnica va a lo inmediato y lo eficaz como únicos valores, es la causa de las acciones dañinas inconscientes, porque nuestros marcos de referencia mentales no integran los elementos desconocidos que acabamos de nombrar.

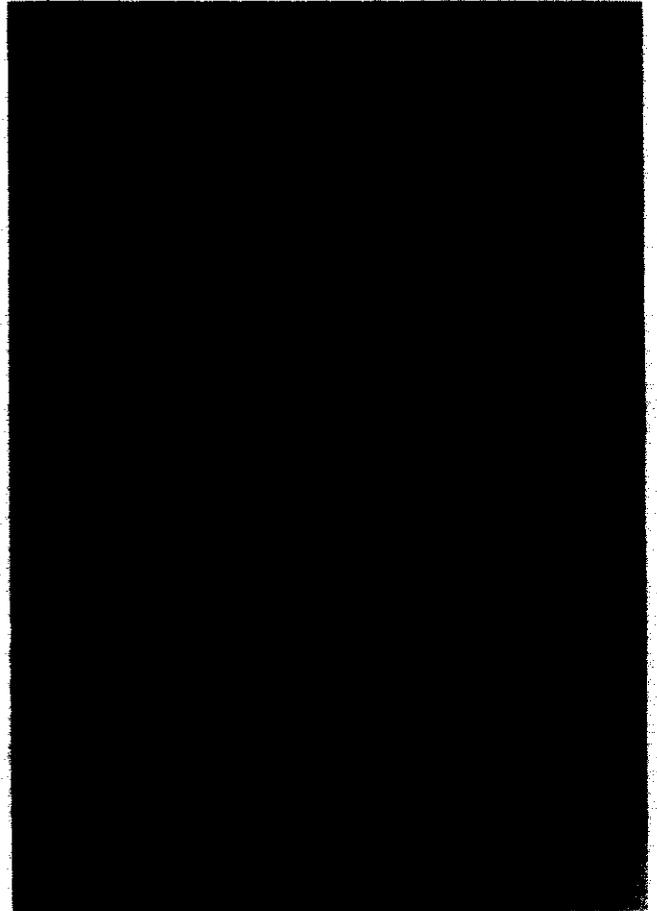
Ante el avance de la técnica se plantean actitudes morales que es preciso retomar en detalle, e instalar en los sistemas educativos de la familia, de la escuela, de los medios de difusión lo necesario para alcanzar el éxito que en materia de ecología se llama: vivir bien, y vivir mejor.

Después de ver que los mismos científicos y técnicos deben incluir en su escala de valores el "puede hacerse o debe hacerse", la misma pregunta se harán los usuarios de la técnica. No porque tengamos a la mano el aparato, la organización, el sistema producido por la técnica, debemos utilizarlos. Desde la simple reflexión económica, es decir, si un equipamiento menor produce el mismo resultado que un equipamiento mayor, es más económico elegir el menor aun cuando la moda o el prestigio exijan lo otro. Ésta es una dimensión que la ética plantea. El prestigio social mal entendido o solamente calificado por la vanidad y el oropel nos han llevado a actuar de manera inética (y a veces ineconómica) dando mayor importancia a la forma que al fondo.

Por consiguiente, podemos instaurar como ley ética ante la presión de la tecnología sostenida, apoyada y conducida por la mercadotecnia: hacer lo que deba hacerse, no lo que simplemente pueda hacerse. Pero el planteamiento es excesivamente superficial porque nos faltaría definir qué es el "debe hacerse". Y regresamos a la visión inicial de un mundo complejo. El "debe hacerse" se mide precisamente por la demanda que surge de la complejidad. Todo lo que pueda simplificarse mediante el recurso de la energía humana (tema que merece ser estudiado y ha sido estudiado por los ecologistas pero con muy poca resonancia en nuestro medio), el recurso técnico

o el de la organización, debe hacerse, para no sumar nuestra compleja manera de vivir a la ya de por sí compleja relación social.

Todo lo que debe hacerse se mide igualmente a partir de la economía de los medios. Una de las fallas éticas que observamos en el entorno de nuestra civi-



lización es la relación con el dinero. Un sistema económico como el nuestro, inserto en un individualismo que no acaba de resolverse en la personalización, nos conduce a creer que el dinero que está en nuestras manos es nuestro, para el uso que sea, hasta para tirarlo si esta locura nos enferma.

La ética nos enseña que los bienes materiales (dinero y objetos) están al servicio de la comunidad humana. Entramos así en una nueva dimensión de la ética para la defensa del ambiente.

La conciencia de que tenemos una sola Tierra, como lo manifestaba la UNESCO, es la conciencia de que cuantos estamos en ella somos corresponsables de su mantenimiento y de un uso apropiado de su producción. Compartimos, desde donde nos encontremos, el cuidado de la totalidad. Ciertamente no me es fácil salvar la selva amazónica desde mi colonia toluqueña, ni siquiera la selva lacandona, pero si continúo utilizando la madera porque adorna mejor mi casa y la prefiero a otros productos igualmente estéticos, pero menos dañinos al conjunto, estoy actuando sin respeto a mí mismo y a mis congéneres.

La comunidad humana existe a pesar de que una mayoría no ha tomado conciencia de ella; la comunidad humana es una red inevitable de interrelaciones. La repercusión de una postura, de una decisión, de una opción por ínfima que sea se multiplica en la cadena en la que estamos asociados. Una de las transformaciones sociales que reclama la ética para la defensa del ambiente es la toma de conciencia de estas interrelaciones. Mas, la toma de conciencia no lo es todo, porque hace falta pasar a la acción.

Y aquí topamos de nuevo con otro impedimento creado por la civilización de la comodidad. Hemos

creado un medio humano y social donde todos buscamos la mayor comodidad. Efectivamente, el ser humano está orientado hacia el placer y los duros enfrentamientos con la naturaleza han sido superados gracias al estudio, la observación y la creación de un nuevo contexto más favorable. Esta faceta positiva del desarrollo oculta el lado opuesto, que es el debilitamiento de los humanos. Hemos perdido buena parte de esta fortaleza física y moral que nos permite saltar los obstáculos normales de la vida. La disciplina y más aun la ascesis son palabras que suenan adversas en nuestras mentes.

Una buena formación ética contempla esta dimensión. Es imposible avanzar como vencedor ante los obstáculos comunes sin tener cierta dosis de disciplina y en muchos casos se requiere una vida ascética.

Un tercer nivel rebasa la acción ética individual o personal. Está claro que muchas decisiones deben tomarse desde las cúpulas políticas o administrativas.

Una ética para la defensa del ambiente también alcanza a los responsables sociales acerca de los cuales es preciso recordar la dimensión de su función.

Aquí vendrían a punto las reflexiones hechas en torno a la calidad de ciudadano encargado de una tarea de este género.

La primera exigencia ética de un líder político o de un administrador público es la de conocer el contenido de su función. Hay en nuestro medio una equivocación en lo tocante a la carrera política: se olvida la responsabilidad que el puesto de elección popular implica. No es suficiente ser buen orador,

ser simpático con los votantes, conocer la historia política del país. Es necesario tener conocimientos específicos, y es una irresponsabilidad atreverse a lanzar una candidatura para un ayuntamiento, para una gubernatura o aceptar los puestos de síndico, por ejemplo, sin saber cuáles son los problemas reales de la población y sin tener conocimientos elementales de sus posibles soluciones, o bien la aptitud para obtener esta información y atraer a las personas capacitadas para abordar eficazmente la situación que se presente.

Para tomar la plena responsabilidad política es necesario conocer la propia historia y tener conciencia de las ideologías reinantes. En política no vale la pura intuición, aunque juegue un papel importante. Es necesario conocer bien la coyuntura geográfica (local, regional, nacional y mundial), ideológica (bases teóricas de los partidos políticos), económica (crisis, deuda, TLC), social (salarios mínimos, educación) y política (democracia).

El líder político desarrolla en sí convicciones de justicia: el subdesarrollo económico o cultural no es justo. Las calamidades públicas son objeto de su atención. El alcoholismo, la desnutrición, la farmacodependencia y, evidentemente, la destrucción del ambiente.

El entusiasmo político puede llevar a proyectos meramente posibles cuando debe considerarse ante todo lo deseable.

Una visión abierta ilumina la acción de hoy para no comprometer a las generaciones que vienen; nuestro egoísmo puede causar graves estragos en nuestra descendencia. El problema ecológico es uno de ellos, y lo estamos agravando.

Muchos de los conflictos planteados por la defensa y el desarrollo del ambiente dependen de las decisiones tomadas en los más altos niveles de la jerarquía social o administrativa. No basta con la acción individual. Mientras la administración pública esté orientada más por influencias políticas que por el sentido científico y técnico, amén de social y ético, no pasaremos de mejoras muy superficiales. Se nos dice que todas las decisiones tomadas aparentemente con compromisos estatales para reducir la destrucción de la capa de ozono no han sido eficaces: su degradación aumenta a razón del 1% anual. Es un dato que ilustra claramente el problema. A nivel individual, podemos dejar de utilizar los aerosoles compuestos cuyo contenido destruya el ozono, pero si no se reglamenta a nivel internacional la fabricación de tales productos químicos, en vano intentaremos cambiar el rumbo de este abuso. La ética en este caso adquiere el carácter de ética política.

Aquí surge de nuevo la acción personal y el compromiso político. Componente esencial de la ética de la defensa del ambiente es la participación política como consecuencia de la reflexión anterior. Ante la gravedad de los problemas ecológicos y ante la observación de que buena cantidad de ellos sólo cuentan con soluciones globales, nos enfrentamos a la responsabilidad, como ciudadanos, de elegir a aquellos que efectivamente sean capaces y tengan la voluntad política de resolverlos.

La acción política se realiza también en organismos privados o gubernamentales, nacionales o internacionales, defensores de la justicia y del bien común; nombremos Amnistía Internacional, Médicos sin fronteras o *Green Peace*, en ecología.



El Estado tiene la responsabilidad del bien común, por consiguiente, los ciudadanos deben respe-

tar y obedecer las leyes, incluso las leyes fiscales cuando los impuestos sean justos.

Pero de nuevo la acción política no es sólo una acción de la cumbre, es ante todo acción de la base, comités de barrio, de manzana, sindicatos, asociaciones de inquilinos. La adhesión a un partido es una forma correcta de participación política. Está claro que no se puede actuar sino colectivamente. No podemos limitarnos a una llamada agobiante a la moral. Es imprescindible hacer presión sobre las estructuras.

Finalmente, debe considerarse, último peldaño, la responsabilidad de los científicos y de los técnicos.

La ciencia como búsqueda de la verdad no ha de detenerse en su afán; sin embargo, hoy estamos llegando a ciertos límites sobre los que no puede jugarse con riesgo de afectar sin remedio a la humanidad. De nuevo la misma pregunta ya formulada: ¿está permitido hacer todo lo que puede hacerse? Esto plantea, por ejemplo, para el industrial la obligación de demostrar, antes de emprender la construcción de su fábrica, que él no va a contaminar, y no a la inversa, es decir, que una vez instalada su industria, la sociedad tenga que demostrarle que sí está contaminando y exigirle las correcciones. Estamos ante lo que podría denominarse ética de la prevención.

Sugiero una reflexión problemática sobre la ingeniería genética: cuando ésta alcanza el patrimonio genético de la humanidad. Somos responsables de la herencia de este patrimonio. No desarrollaré este tema ahora, sólo lo apunto a manera de indicador.

La ciencia sigue orientándose más hacia la destrucción que hacia la defensa del ambiente. El 50% de las investigaciones actuales en el mundo se diri-

gen hacia los armamentos y los pertrechos militares. Los ejércitos, más cuando están en guerra, pero también en tiempo de paz, son los destructores por excelencia del ambiente, son los más ecocidas.

Y podemos añadir una nota acerca de la llamada neutralidad de los estudios científicos. Existe una interacción entre las cosas que hacen los hombres y las intenciones de los hombres que las hacen. Un ejemplo ilustra esta tesis. Si un hombre recoge una piedra para pegarle en la cabeza a otro, puede decirse que la piedra es neutra. Cuando, ocasionalmente, dos hombres se matan con armas de cacería, puede decirse también que estas armas no habían sido pensadas para matar a seres humanos. Pero en el momento en que los sistemas de "técnicas de defensa" se hacen independientes y se orientan a la destrucción, ya no son neutros. Del mismo modo, el crecimiento económico conduce a los hombres a proveer de productos que no son necesarios para mejorar su situación; entonces los hombres dejan de ser consumidores para hacerse instrumentos del mismo sistema de crecimiento económico y técnico. La intención que rige la fabricación de un producto instrumentaliza a los hombres y abusa de ellos en cuanto se hacen clientes de estas producciones. La investi-

gación científica que conduce a estos extremos no es neutra.

La técnica, lo hemos visto, es la aplicación de un conocimiento científico. Es más fácil observar en ella, debido a su aplicación, sus efectos nocivos. Limitar estas aplicaciones es pues una regla de buena ecología. Es la autolimitación o la convivialidad con la técnica que Illich proponía hace ya unos 20 años.

Y siguiendo esta reflexión sobre la técnica: no esperemos de ella la respuesta a los problemas de destrucción del ambiente. Cualquier técnica acrecienta el problema. La solución es humana.

Con esta última afirmación concluyo: podemos hablar de ética en materia ecológica precisamente porque el ser humano se encuentra en el centro del problema y es el motor de la solución.

La ética es la ciencia que nos permite conducir al ser humano hacia el máximo desarrollo de sus potencialidades. Es un proceso personal y comunitario. Es un proceso en el que la inteligencia y la voluntad, es decir, la sabiduría, ocupan el primer lugar.

Podremos enfrentar los problemas del ecocidio cuando exista una conciencia generalizada de esta responsabilidad.